

**Suntuosidad y respetabilidad.
El estilo de vida y la imagen pública de la elite porteña
en el cambio del siglo XIX al XX**

*Leandro Losada**

Resumen

El artículo analiza el estilo de vida del alto mundo social porteño en el cambio del siglo XIX al XX (aficiones, consumos, prácticas), los juicios que sobre él se trazaron en los principales medios de prensa de la ciudad y la imagen pública que en consecuencia se delineó de la elite y de su vida social. El argumento del trabajo es que dichas apreciaciones son especialmente reveladoras de cómo las prácticas de distinción social de la elite podían atentar contra su legitimidad social al enfrentarla con los criterios que, de acuerdo a formulaciones también elaboradas y difundidas durante este período, debían definir a una vida respetable. En consecuencia, resultan una dimensión relevante para pensar los márgenes y los límites que el móvil escenario social de la Buenos Aires del cambio de siglo impuso a su elite para retener en una dimensión social y cultural su lugar medular en la sociedad ante el avance de la modernización.

Palabras clave: elite - estilo de vida - imagen pública - modernización

Abstract

The article analyses the life style of the porteño high society in the turn of the XIX to XX century (affections, consumptions, practices), the judgments made about it in the principals media press of the city, and the public image consequently done of the elite and it social life. The paper argues that this appreciations are especially revealing of how the elite social distinction practices might attempt against it social legitimacy by confront it with the criteria that, according with formulations also elaborated and diffused in this period, must define a respectable life. Therefore, such appreciations result a relevant dimension to think the margins and limits that the mobile social stage of the turn of the century Buenos Aires imposed

* Instituto de Estudios Histórico-Sociales (IEHS). Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

to the elite to retain its central place in a social and cultural dimension before the advance of the modernization.

Key words: elite - life style - public image - modernization

A comienzos del siglo XX, la Argentina atravesó una coyuntura económica sin precedentes, dada por el *boom* extendido entre mediados de los años 1890 y 1913, en el que cobró forma (a caballo de la expansión y del desarrollo agrícola) la representación del país como "granero del mundo". La distribución de esa creciente riqueza no dejó de generar conflictos ni desajustes en la sociedad, como lo demuestra el hecho de que la primera década del siglo XX asistió a una aguda conflictividad social protagonizada por un movimiento obrero maduro y organizado, aunque la movilidad social ascendente y la progresiva conformación de extendidas capas medias son pruebas concluyentes de que la prosperidad económica se reflejó también en la sociedad, a su vez sensiblemente transformada por el impacto de la inmigración masiva del cambio de siglo. Estos fenómenos se dieron más significativamente en el Litoral y, aún más, en la ciudad de Buenos Aires.¹

En este escenario, las prácticas y los comportamientos de los actores sociales también experimentaron profundas mutaciones, tanto como consecuencia de la misma aparición de nuevos grupos sociales y de la recepción que esta última tuvo en los sectores de la sociedad más tradicionales, como, a su vez, a causa de la prosperidad económica que hizo posible nuevas y amplias oportunidades de consumo.²

Por todo ello, las identidades sociales y los estilos de vida a través de las que se expresan, es decir, las prácticas delineadas por los propios actores para declarar su existencia social y diferenciarse de aquellos que, a través de tales construcciones, son definidos como la alteridad, resultan instancias sugestivas para conocer las manifestaciones culturales que tuvieron lugar en este período atravesado por sustantivos cambios económicos y sociales.³

En la alta sociedad porteña tradicional se produjeron interesantes procesos en este sentido. Tanto por las posibilidades y los incentivos que creó la *belle époque* de fin de siglo, como por las tensiones que también implicó (a causa de la movilidad

¹ Gino GERMANI, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

² Eduardo ZIMMERMANN, "La sociedad entre 1870 y 1914", en Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la nación Argentina*, T. IV, *La configuración de la República Independiente (1810-c. 1914)*, Buenos Aires, Planeta, 2000; Fernando ROCCHI, "Consumir es un placer: la industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado", *Desarrollo Económico*, vol. 37, núm. 148, 1998.

³ La importancia de la definición de un "estilo de vida" (constituido por consumos, aficiones, etc) en la construcción de diferenciaciones sociales encuentra una de sus primeras formulaciones sistemáticas en M. Weber y su análisis de las relaciones entre las categorías de "status" y "clase". También son sugestivos al respecto el análisis de N. Elias sobre el "consumo de status" en la sociedad cortesana o los estudios de P. Bourdieu sobre el "gusto". Cfr. Patrick JOYCE, *Class*, Oxford University Press, 1995, pp. 31-40; Norbert ELIAS, *La sociedad cortesana*, México, FCE, 1982; Pierre BOURDIEU, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988.

social y la recomposición de la sociedad producida por la inmigración masiva), las conductas, los comportamientos, las prácticas, en suma, el estilo de vida de la clase alta porteña cambió sensiblemente. Atrás quedó la austeridad y simpleza de la criolla Buenos Aires de la primera parte del siglo XIX, para dar lugar al cosmopolitismo, el lujo, el boato y las pretensiones de refinamiento aristocrático.⁴

En este artículo, luego de analizar las principales características del estilo de vida del alto mundo social porteño, nos concentraremos en la imagen pública que se construyó de la elite como consecuencia de estas nuevas tendencias que recorrieron su vida social. Es decir, qué imagen de la *high life* se presentó ante el conjunto de la sociedad: cómo se la juzgó, cómo se la retrató. Para ello repasaremos qué nos dicen al respecto algunas de las publicaciones periódicas de mayor circulación en la Buenos Aires de estos años, así como las propias apreciaciones de integrantes de este círculo social. El argumento que sostendremos en este trabajo es que las mismas son especialmente reveladoras de cómo las prácticas de distinción social construidas por la elite para ratificar su lugar de prioridad en una sociedad porosa y móvil, podían atentar contra su legitimidad social al ponerla de espaldas a los criterios que, de acuerdo a formulaciones también elaboradas y difundidas durante este período, debían definir a una vida respetable. En consecuencia, ofrecen elementos atractivos para pensar los márgenes y los límites que el escenario de la Buenos Aires del cambio de siglo impuso a su elite para retener en una dimensión social y cultural su lugar medular en la sociedad ante el avance de la modernización.

Regeneración y respetabilidad: consignas para la civilización de una sociedad en cambio estructural

Como toda transformación social estructural, que implica la desaparición de realidades y cosmovisiones asentadas y conocidas y su reemplazo por otras inéditas, el proceso de modernización que atravesó a la ciudad de Buenos Aires en el fin de siglo y, sobre todo, la consolidación, acelerada a partir de la década de 1880, del funcionamiento de una economía capitalista, dispararon juicios críticos que alertaron sobre la disolución de pautas y conductas que hasta entonces habían regulado la vida social. Esto fue aún más notorio como consecuencia de que el próspero escenario económico de los ochenta culminó en la crisis del noventa. La corrupción propagada por el materialismo que recorría a la ciudad y la regeneración moral entonces necesaria fue un diagnóstico extendido en esos años, tanto en la literatura como en análisis más pretendidamente sociológicos, que anticiparon así las apreciaciones que proliferarían en el cambio de siglo al delinarse un clima de ideas signado por el espiritualismo novecentista.⁵

Así, se señalaba que "Buenos Aires está enferma de lujo como está enferma París, cuyos pasos sigue, tan de lejos [...] no queda aquí más casta ni más aristocra-

⁴ Leandro LOSADA, *Distinción y Legitimidad. Esplendor y ocaso de la elite social en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Tesis de Doctorado, UNCPBA, 2005.

⁵ Oscar TERAN, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, FCE, 2000; José Luis ROMERO, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, México, FCE, 1965; Hugo VEZZETTI, *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1985, pp. 104-111, 196-204.

cia que la del dinero; las otras se miden también, hasta la del talento, por la mayor o menor suma que producen, y vienen, por lo tanto, a confundirse con ella.”⁶

Como queda claro en este pasaje, las impugnaciones morales contienen otras referidas a las recomposiciones sociales que provocaba la consolidación de una economía capitalista. En efecto, la aparición de una aristocracia del dinero no es ni más ni menos que el señalamiento de la conformación de una sociedad en la que la riqueza y el poder adquisitivo son definitorios para consagrar la posición y el prestigio.

En la literatura escrita por individuos provenientes de los sectores tradicionales esto se explicita en el desconocimiento social al nuevo rico a través de su definición como “advenedizo”. La obra posiblemente más emblemática en este sentido es *La bolsa*, de Julián Martel (José María Miró), en la que la corrupción moral propagada por la extendida prosperidad económica se atribuye especialmente a otra de las improntas del proceso de modernización, los inmigrantes que lograban el ascenso social.⁷ Pero vale resaltar que, sin dudas, no es una apreciación en solitario; múltiples son los testimonios de tono similar que podrían mencionarse. Allí estaban “los descendientes de advenedizos que no dan más valor que al dinero...”. O, “un nombre, una fortuna, oro, eso bastaba, eso abría de par en par todas las puertas, daba todo: honra, talento, probidad, reputación, fama, respeto, todo lo allanaba, todo lo brindaba, llevaba hasta la alcoba de la virgen...”⁸ El dinero era, en la “fenicia” Buenos Aires del fin de siglo, el instrumento de simulación más eficaz, facilitaba la compra de “prestigios y benevolencias de juicio de incalculables resultados...”; con él cobraba forma “ese arte falaz que combina tan felizmente los medios de imitar el talento y sus méritos, el carácter y la virtud...”⁹

En este sentido, la regeneración moral fue un propósito que ocupó un lugar efectivamente destacado en la agenda del poder público, en tanto constituía un eslabón de peso en la tarea más amplia de civilizar a una sociedad definida por el cambio, es decir, de regular y uniformar pautas de conducta y comportamientos sociales.¹⁰

Así, desde ámbitos y tribunas tan diversas como la justicia, la educación o la prensa fueron delineándose una serie de conceptos o nociones -el honor asociado a la virtud; la respetabilidad definida por la honestidad y el culto al trabajo- que tam-

⁶ *El Siglo XX*, núm. 9 y núm. 16, 10/11/1900 y 30/12/1900.

⁷ Julián MARTEL, *La bolsa (1890)*, Buenos Aires, Biblioteca de La Nación, 1905.

⁸ César DUAYEN (Emma DE LA BARRA), *Stella* (1905), España, Hyspamérica, 1985, p. 97; Eugenio CAMBACERES, *Sin rumbo* (1882), Buenos Aires, CEAL, 1992, p. 60. Cfr. también Lucio LOPEZ, “El dinerismo”, Archivo General de la Nación, Sala VII, Archivo y Colección Los López, leg. 2404, doc. 6937, carpeta núm. 20, 10/10/1883.

⁹ José María RAMOS MEJIA, *Los simuladores del talento (1904)*, Buenos Aires, Ed. Tor, 1955, pp. 34-36. Posiblemente la voz más disonante en este coro haya sido la de Ernesto Quesada, quien en un estudio sobre *La bolsa* y otra novela paradigmática de la época, *Quilito*, de Carlos María Ocantos, consideró a la crisis del noventa como un escalón necesario en el camino a la modernización. Cfr. Ernesto QUESADA, *Dos novelas sociológicas*, Buenos Aires, Peuser, 1892. Para un análisis de conjunto de la literatura de estos años, cfr. Gladys ONEGA, *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1980; David VIÑAS, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, CEAL, 1982.

¹⁰ En efecto, se emplea aquí el término “civilizar” en la doble acepción que plantea N. Elias: como forma de pacificar las relaciones sociales y como vía de disciplinamiento social. Norbert ELIAS, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires, FCE, 1993.

bién fueron activamente reapropiadas por los actores sociales, especialmente por aquellos que experimentaron la movilidad social ascendente, para retratar y legitimar sus trayectorias sociales.¹¹

Dichas nociones, en efecto, aparecían explícitamente desarrolladas en distintas publicaciones periódicas. Por ejemplo,

“No se debe nunca malgastar el dinero, que podrá siempre emplearse mejor, ni el tiempo, que también es dinero. Es necesario, pues: no hacer gastos inútiles y, por consecuencia, reducir a lo indispensable de entretenimientos, a fin de afrontar mejor los de las necesidades reales. Se debe gastar lo que sea necesario, pero lo menos posible en lo que es superfluo. Hacer cada cosa a su tiempo: nunca dejar para mañana lo que pueda hacerse hoy...”¹²

El ocio y el despilfarro, según puede leerse en este pasaje, eran lo contrario a lo que definiría una vida o una conducta respetable y legítima: ésta encontraría sus rasgos distintivos en el empleo útil del tiempo, en el culto al trabajo, en la austeridad y en el ahorro antes que en el gasto desenfrenado.

Ahora bien, es interesante tener en cuenta que estos comportamientos socialmente prescriptos fueron aquellos precisamente desprestigiados por la elite tradicional. En palabras de José María Ramos Mejía, el burgués era una encarnación del guarango, al que lo definía

“el menor exhibicionismo de su vida y de sus gustos, tipo esencial y excesivamente conservador, de cierta modestia previsora porque procede de la avaricia y del terror al descubrimiento de la gran fortuna amasada a costa de su salud tal vez. Representa, entre nosotros, el burgués de otras partes, el improvisado millonario nacido del sortilegio de la lotería y surgido del sembradío inmenso de la colonia o del humeante montón de tierra fecundada por su noble trabajo. Pero una vez que ha tomado su colocación, no tiene más programa en la vida que guardar su dinero, defenderlo de la caridad y del patriotismo que alguna vez golpea a sus puertas...”¹³

El burgués desacreditado en estas líneas ya no es el *parvenu aurífero* que acumulaba fortuna por vías ilegítimas (como la usura), estereotipo extendido en el esce-

¹¹ Cfr. Fernando DEVOTO y Marta MADERO, “Introducción”, en Id., *Historia de la vida privada en la Argentina*. T. 2: *La Argentina plural, 1870-1930*, Buenos Aires, Taurus, 1999; Sandra GAYOL, “Duelos, honores, leyes y derechos: Argentina 1887-1923”, en *Anuario IEHS*, núm. 14, 1999. Una muestra puntual de una trayectoria social definida en estos términos en Manuel SUAREZ MARTINEZ, *Paladín del orden y gestor del progreso del Partido de Lobería. Apuntes autobiográficos de 1845 al 1880. Notas biográficas de 1880 a 1917* por José M. Suárez García, Ex Libris, Tandil, Buenos Aires, Argentina, 1993. Cfr. también las viñetas de las clases medias rurales aparecidas en *Vida Agraria. Revista Ilustrada*, año II, número 2, Buenos Aires, 1927.

¹² “La vida en el campo. Algunos consejos”, *El Campo y el Sport*, 26/2/1913.

¹³ José María RAMOS MEJÍA, *Las multitudes argentinas (1899)*, Buenos Aires, La Cultura Popular, 1934, pp. 259-260.

nario de la crisis del noventa y que también retrató el propio Ramos Mejía en su ya citada obra *Los simuladores del talento*. Aquí, se trata peyorativamente a aquel que asciende social y económicamente por caminos legítimos (gracias al "noble trabajo"). La apelación al calificativo burgués para retratar al advenedizo es propia de un momento histórico en que la elite tradicional, para diferenciarse socialmente, comenzó a definirse a sí misma como aristocracia, un proceso con paralelismos en otras regiones sacudidas por cambios sociales similares a los de Buenos Aires en este período.¹⁴

Lo que resulta interesante destacar, entonces, es que la negación de reconocimiento social a las conductas y comportamientos que sí legitimaba un amplio discurso público difundido sobre la sociedad -y en cuya delineación intervinieron activamente destacados integrantes de la propia elite, como el mismo Ramos Mejía- alumbra las tensiones existentes entre ese discurso orientado a la regulación y el control de una sociedad en cambio y las necesidades de distinción social de la clase alta tradicional como consecuencia de esas mismas mutaciones sociales. El hombre nuevo exitoso, si podía ser tanto un agente como una manifestación de la civilización y del progreso del conjunto de la sociedad, era a su vez una amenaza para la elite tradicional precisamente a causa de su éxito, en tanto representaba el peligro de disolución de las jerarquías hasta entonces existentes. En consecuencia, aquellos que en un plano podían ser saludados por encarnar el auspicioso camino que seguía la sociedad gracias al proyecto político conducido por la elite patricia, en el reverso de la moneda, eran desconocidos como pares por este mismo grupo social al ser una prueba palpable de la recomposición que cruzaba a la sociedad a caballo de la modernización. De esta manera, no es sorprendente aunque sí significativo que el propio estilo de vida que definió a la clase alta tradicional en el novecientos estuviera claramente alejado de los ejes que prescribían pasajes como el de *El campo y el sport*. Por el contrario, el consumo suntuario y el ocio, antes que la austeridad y la prudencia en el gasto, fueron sus características más sobresalientes.

Ocio y suntuosidad: la alta vida social porteña en el novecientos

El lujo y el boato fueron las cualidades transversales de la *high life* porteña del cambio de siglo. Sus paseos distintivos (como el desfile de carruajes por Palermo), algunas costumbres extendidas en su vida social (por ejemplo, las prolongadas estadias en Europa) e incluso los escenarios más emblemáticos de la *belle époque* - desde los palacios residenciales de Plaza San Martín, Barrio Norte y Recoleta, a los espacios vinculados a la alta sociedad, como el edificio del Jockey Club en la calle

¹⁴ Cfr. José HARRIS y Pat THANE, "British & European Bankers, 1880-1914: an Aristocratic Bourgeoisie?", Pat THANE, Geoffrey CROSSICK & Roderick FLOUD (eds.), *The Power of the past. Essays for Eric Hobsbawm*, Cambridge University Press, 1984; Frederic COPLE JAHNER, "Style and Status: High Society in Late Nineteenth Century New York", Id. (ed), *The Rich, the Wellborn and the Powerful: Elites and Upper Class in History*, Chicago, Illinois University Press, 1973; John CROWLEY, "The Sensibility of Comfort", *American Historical Review*, vol. 104, núm. 3, june 1999; Eric HOBBSAWM, *La era del Imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica, 1998, pp. 195 y ss.

Florida de 1897 o el Teatro Colón inaugurado en 1907- se caracterizaron por la suntuosidad y la exhibición de riqueza.¹⁵

Lo cierto es que el consumo suntuario fue explícitamente ostentado incluso en aquellas dimensiones que en principio volvían más difícil exponer dicha ostentación. Son significativas en este sentido las pormenorizadas descripciones que, en algunos medios de prensa de la época, se trazaron sobre los interiores de las grandes residencias de la elite y de las colecciones personales de tapices, pinturas y costosas vajillas. Allí estaba por ejemplo la de Dardo Rocha, la "más numerosa y rica de cuantas hay en Buenos Aires...": incluía copas antiquísimas holandesas; 28 piezas de un juego de postre de Sevres (que había pertenecido al Palacio de las Tullerías); varios jarrones chinos; porcelanas de Marsella, Meaux, Sajonia, San Petersburgo, Crandevi y Córdoba; figuras egipcias; y balas de tierra cocida de las excavaciones de Cartago, entre otros objetos.¹⁶

Este tipo de consumos muestra la búsqueda de atemperar la mera ostentación con una educación estética que volviera distinguido el despliegue de la capacidad pecuniaria. Aún más, el refinamiento de la alta sociedad fue un punto recurrente en las caracterizaciones volcadas desde la prensa con el explícito propósito de demarcarla de los lujos advenedizos. Así se aprecia en pasajes como los ya citados, o en tantos otros, como por ejemplo los que *La Nación* dedicara a la fiesta de la familia Anchorena celebrada con motivo de la conclusión de su majestuosa residencia en Plaza San Martín:

"fiesta de lujo, de arte, de distinción y de belleza incomparables [...] Se aseguraba que un buen gusto generoso y seguro, había presidido a la ordenación de las instalaciones. Y en esta tierra de fortunas súbitas y de palacios improvisados a toda prisa, donde se suele atestar las habitaciones con el deslumbrante y disparatado *bric-a-brac* de un lujo advenedizo, se aguardaba con vivísimo interés la conclusión de una casa que, destinada a albergar a una de nuestras familias más representativas, debía resultar algo así como exponente superior de la cultura y de la fortuna..."¹⁷

Este tren de vida no sólo fue exclusivo de las familias más ricas de la elite tradicional. También fue seguido por los sectores que, en términos comparativos, estaban en una situación económica menos holgada, tal como lo muestran, por ejemplo, los pasajes de las memorias de Silvina Bullrich dedicados a su familia. En efecto, "en aquella época, el lujo residía en la casa, los autos, los sirvientes; noso-

¹⁵ Leandro LOSADA, *Distinción y legitimidad*, caps. III y IV.

¹⁶ "Colección de porcelanas de Dardo Rocha", en *Plus Ultra*, año 1, núm 1, marzo de 1916. Con esta cobertura, la revista anunciaba "una serie de notas que darán a conocer al público las mil curiosidades y riquezas que hay escondidas en Buenos Aires y que nos proponemos descubrir al lector en un proyectado peregrinar de casa en casa...". Así, otros ejemplos en año XII, núm. 129 y 138, enero y octubre de 1927, referidos respectivamente a la mansión Unzué Alvear y el Palacio de Bruyn. *Plus Ultra*, a su vez, colocaba como carátula de sus secciones internas reproducciones de las colecciones privadas de lienzos de importantes familias -como la de A. Santamarina-. *El Hogar* inicia también en los años veinte una sección casi completamente gráfica llamada "Hogares porteños".

¹⁷ *La Nación*, 17/11/1912.

tros teníamos diez [...] pero los hijos no disponían de dinero...". Por ello "no comprendía cuando me decían que era rica..."¹⁸ El desprecio por el dinero -bien diferente al atesoramiento burgués- había sido la actitud predominante en su familia. Su bisabuelo materno, José Coelho de Meyrelles, había perdido en el juego las tierras en que luego se levantó Mar del Plata; su abuelo paterno "derrochó como correspondía su patrimonio y su sueldo en París y volvió a la Argentina con una mano atrás y otra adelante..."; y su propio padre (médico cardiólogo) no fue la excepción: "su amor al confort lo llevó a gastar todo cuanto ganaba en vivir en gran tren y su deseo de hacerse una colección de cuadros...". Estas conductas se correspondían, según Silvina, con los criterios imperantes en el universo social que frecuentaba su entorno familiar: "nunca nadie a mi alrededor se puso a tasar el valor de lo que nos rodeaba..."¹⁹

La presencia de estas actitudes en una familia de los sectores tradicionales con recursos relativamente acotados, considerando la situación de sus exponentes más ricos (como la Anchorena), muestra por un lado que sólo en un plano simbólico (en el consumo -cómo, cuánto y qué se consumía) era a veces posible la distinción respecto de los "advenedizos".²⁰ Precisamente por ello, en segundo lugar, semejantes testimonios son especialmente ilustrativos de la relevancia del gasto suntuario y de la ostentación de riqueza como canales de diferenciación social para la elite tradicional en el cambio de siglo -a pesar incluso de las negativas implicancias que pudieran aparejar para la situación patrimonial.²¹

En relación con esto, la extensión de una vida social ociosa fue otro de los rasgos característicos de la *high life* del cambio de siglo. La multiplicación de clubes y la difusión de las aficiones deportivas costosas son el ejemplo emblemático en este sentido. En los años 1870 ya había aparecido el Buenos Aires Rowing Club, en El Tigre (luego, desde 1911, el Club de Regatas del Tigre); en 1892 surgieron el Buenos Aires Lawn Tennis Club y el Buenos Aires Polo Club; a comienzos de los años noventa tuvieron lugar los primeros torneos de golf en el Athletic Club Lomas; mientras que en la primera década del siglo XX se creó el Boxing Club de Buenos Aires y el Club Hípico Argentino. Todo esto sin olvidar el desarrollo de los deportes de armas (a través de entidades como el Club de Gimnasia y Esgrima y el Círculo de Armas), o la popularidad del turf, motorizada por el Jockey Club fundado en 1882.

¹⁸ Silvina BULLRICH, *Mis memorias*, Buenos Aires, Emecé, 1980, pp. 60, 111 y 187.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 15 y ss, 118-119.

²⁰ Y, vale precisar, a veces ni siquiera en este plano, al menos para jueces externos como los visitantes extranjeros, que evaluaron las pautas de consumo suntuario de la elite como ostentaciones desprovistas de gusto, es decir, de manera similar a como la clase alta porteña juzgaba a los *nouveaux riches* locales -como lo ilustraban las obras literarias publicadas en torno a la crisis del noventa, según apuntáramos líneas arriba-. Cfr. por ejemplo John HAMMERTON, *The Argentine through English Eyes. And a Summer in Uruguay*, London, Hadder & Stoughton, 1916, p. 204; Walter LARDEN, *Argentine Plains and Andine Glaciers. Life on an Estancia and an Expedition into the Andes*, T. Fisher Unwin, London, 1911, pp. 34-35; Santiago RUSIÑOL, *Un viaje al Plata*, Madrid, V. Prieto y Cía Ed., 1911, p. 157.

²¹ De allí que, de manera significativa, la propia Silvina Bullrich señale que a su padre también lo había caracterizado "cierto temor a la falta de dinero ya que vio arruinarse a su padre..."; también ella declara que el dinero debió interesarle ante el "miedo a carecer de lo indispensable..." (una afirmación que, sin dudas, es lanzada desde los parámetros dados por el círculo social en el que su familia se había desenvuelto). *Ibid.*, pp. 34 y 118.

El ocio se articulaba con la capacidad pecuniaria en estas aficiones, considerando las exigencias económicas que implicaban la cría de caballos de carreras, el yaching, el automovilismo o la aeronavegación, pero incluso también deportes como el golf: "solamente pueden cultivarlo personas o sociedades a quienes les sobre dinero para mantener improductivas grandes porciones de campo. Por eso resulta que es un clásico deporte de la élite..."²²

De esta manera, la alta vida social porteña del novecientos se constituyó alrededor del uso ocioso del tiempo y del dinero, justamente por el alto valor simbólico que recubría al tiempo libre y a la capacidad de consumo en una sociedad capitalista, en tanto implicaban la facultad de derrochar dos de los ejes que le eran constitutivos (dinero y tiempo).²³ De manera significativa este fue un fenómeno extendido en todo Occidente durante la *belle époque* de preguerra, es decir, paralelamente a la paulatina delineación de una sociedad capitalista de masas (a tal punto que el clásico estudio de Veblen, el primero en analizar sistemáticamente estas prácticas sociales, data de 1899).²⁴

Lo interesante, entonces, es aprehender qué imagen pública de la elite surgió al consolidarse este estilo de vida. O, en otras palabras, cruzar las formas simbólicas de construcción de distinción social delineadas al compás de la modernización con las nociones y valores -ya mencionados líneas arriba- que simultáneamente ganaron lugar para definir un deber ser de la conducta personal en una sociedad moderna.

La alta vida social según la prensa porteña en el cambio de siglo

En algunos de los medios de prensa más populares de la época -así como en otros testimonios externos a la elite porteña, como los visitantes extranjeros- el estilo de vida de la alta sociedad y algunas de sus prácticas distintivas fueron desenmascaradas o abiertamente impugnadas por su contraposición a las conductas que debían modelar los comportamientos sociales del conjunto de la población.

El desenmascaramiento se concentraba sobre todo en destacar que ciertas prácticas supuestamente desinteresadas o que formalmente demostraban la sensibilidad y el compromiso de la elite con los problemas sociales, en realidad eran formas de ostentar la posición social o, en su defecto, sólo respondían al ánimo de ganar figuración. La filantropía, la caridad y la beneficencia fueron en este sentido los blancos predilectos.²⁵

²² "Mar del Plata. El Golf Club", *Plus Ultra*, año IX, núm. 94, feb. 1924.

²³ Cfr. Norbert ELIAS y Eric DUNNING, *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, Madrid, FCE, 1992.

²⁴ Thorstein VEBLEN, *Teoría de la clase ociosa*, México, FCE, 1951.

²⁵ Para un análisis de este tipo de iniciativas, cfr. José Luis MORENO (comp.), *La política social antes de la política social (caridad, beneficencia y política social en Buenos Aires, siglos XVII a XIX)*, Buenos Aires, Trama/Prometeo, 2000; Héctor RECALDE, *Beneficencia, asistencialismo estatal y previsión social*. T. I, Buenos Aires, CEAL, 1991; Cynthia JEFFRES LITTLE, "Educación, filantropía y feminismo: partes integrantes de la femineidad argentina 1860-1926", Asunción LAVRIN (comp.), *Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas*, México, FCE, 1985.

Así, algunos episodios ocurridos en ocasiones como el “Día de los niños pobres” (una jornada de recolección de fondos para el Patronato de la Infancia organizada por su Comisión de Damas desde 1904, a principios de octubre de cada año) daban lugar a sugestivas apreciaciones. Por ejemplo, las donaciones podían incluir un collar de perlas, y anotarse frente a ello: “se ignora y sigue ignorándose la mano donante de dicha joya, lo que constituyó una de las notas más simpáticas del día, pues ello desvirtuó las creencias de algunos excépticos [sic] que no atribuían a tal dádiva sino fines puramente ostentosos...”²⁶ La referencia a los escépticos sugiere que el anonimato debía ser probablemente extraordinario. En todo caso, la misma *Fray Mocho*, con una ironía apenas velada, apuntaba “la novedad que suponía [...] una misión de tan alta filantropía...” para los jóvenes, niños y niñas de la elite que protagonizaban la recolección de fondos. Para algunos extranjeros, por lo demás, no pasaba desapercibido que el desprendimiento de los porteños acomodados tenía un límite claro: ser puesto a prueba.²⁷ De igual manera, se apuntaba el interés por la figuración social de las distintas entidades e iniciativas de beneficencia: “Claro es que esta forma de beneficencia así publicada está un poco lejos del modelo de aquella que predicaba Jesús, diciendo: ‘que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha...’”²⁸ De forma coincidente, se subrayaba que “el afán de brillar, actuando como miembro dirigente de tal o cual sociedad...” eran los reales móviles subyacentes a la participación en instituciones benéficas.²⁹

Todo esto, claro, sin olvidar que también se remarcaba que tales acciones sólo podían atribuirse de manera limitada al desprendimiento de la propia elite. Baste recordar que una entidad como el Patronato de la Infancia recibía del Estado hasta un 30% de sus fondos (cuya procedencia mayoritaria, desde 1896, eran a su vez los ingresos de la Lotería Nacional);³⁰ mientras que las iniciativas realizadas por el Jockey Club en el campo de la beneficencia y la filantropía se sostenían con los ingresos obtenidos por las carreras de caballos, eventos también extendidamente criticados por alentar la popularización del juego y las apuestas: “El hipódromo devora

²⁶ *Fray Mocho*, año I, núm. 24, 11/10/1912.

²⁷ Frank CARPENTER, *South America. Social, Industrial, and Political*, Ohio, The Saalfield Publishing Company, 1903, pp. 336-337. Las semblanzas presentes en la prensa paródica son aún más sugestivas al contrastarlas con las que trazaban los grandes diarios porteños como *La Nación*. Sobre el día de los niños pobres, por ejemplo: “La entrega de las alcancías en que los niños ricos han hecho colecta para los desamparados, renovó ayer en el teatro Colón la hermosa fiesta de la caridad que viene efectuándose año tras año el 1º de octubre. Una multitud de niños que durante quince días ha pasado de parientes a amigos solicitando con candoroso entusiasmo la pequeña ayuda para los desvalidos, rindió ayer cuenta de su generosa tarea a las damas del Patronato de la Infancia en una encantadora fiesta llena de bullicio. El monto de lo recolectado, que hasta ese momento ellos mismos ignoraban, los animaba de una viva alegría, como si conocieran en todo su alcance el alivio que aportaban...” *La Nación*, 2/10/1911.

²⁸ “Sinfonía” por Arturo GIMÉNEZ PASTOR, *Caras y Caretas*, año VIII, núm. 367, 14/10/1905. Vale tener en cuenta que los eventos y acciones de las distintas organizaciones benéficas —el Patronato; la Sociedad de Beneficencia; las conferencias vicentinas— recibían cobertura en las “Sociales” de los grandes diarios como *La Prensa* o *La Nación*.

²⁹ Cfr. “Notas sociales de la Dama Duende”, *Caras y Caretas*, año XXII, núm. 1094 y 1096, 20/9 y 4/10/1919.

³⁰ Diana EPSTEIN, “Financiamiento privado y apoyo estatal al Patronato de la Infancia (1892-1913)”, *Ponencia en las XVII Jornadas de Historia Económica*, Tucumán, 2000.

millones y millones de pesos a la economía privada, destruye el bienestar doméstico, es causa de desorden en las costumbres [...] [pero] no es a las damas elegantes y a las gentiles niñas de salón a quien [sic] toca pensar cosas tan graves como son las calamidades y desgracias que el juego causa, ¿verdad?...³¹

En consecuencia, se juzgaba que las instituciones patrocinadas por la elite apenas lograban ocultar sus verdaderos propósitos, bien alejados del compromiso o la sensibilidad social formalmente declamada, o que difundían aficiones que más que atenuar, alentaban la corrupción moral de la sociedad. Seguidamente, se subrayaba lo lejos que estaba la ociosa *high life* del novecientos de las conductas respetables. El despilfarro de los jóvenes "calaveras" de la alta sociedad eran emblemáticos al respecto: vivían de "farra corrida, todas las noches...", apartando "500 000 para una estancia, 200 000 para un *petit hotel* y 300 000 para el bolsillo..."; "meta frac y meta poker...", por Mar del Plata, Buenos Aires y Europa (de Ascot a Montecarlo). Para ellos, según estas semblanzas, "aceptar un empleo sería rebajarse..."³²

Las apuestas y el juego, ya no como prácticas promovidas sobre el conjunto de la sociedad, sino como propias de la *high society* porteña son probablemente los ejes desde los cuales se traza de manera más explícita la corrupción moral de la vida suntuaria de la elite. Allí estaban "las personalidades de calidad que componen esa brillante colonia veraniega de Mar del Plata..." pasándose "los días y las noches de punta a punta..." en las salas del Casino: "con el dinero que en los tapetes se derrama podría extinguirse todo el proletariado bonaerense..." De acuerdo al cronista, el entonces comisionado municipal de Mar del Plata, Miguel Martínez de Hoz, había negado las versiones que en el casino jugaban jóvenes de diez a quince años: sólo lo hacían "personas de la mayor circunspección y respetabilidad..." Ante ello, la crónica era explícita: "o bien el juego es un feo e indigno vicio, y entonces esas personas de la mayor circunspección y respetabilidad que lo practican no tienen mayor circunspección ni respetabilidad, o bien, puesto que lo practican personajes tales, el juego no es un feo e indigno vicio sino una noble actividad de espíritus superiores..."

Debía elegirse esta última alternativa (concluía irónicamente la nota) pues en caso contrario: "nos encontraríamos con que Buenos Aires tiene erigido en su principal calle un hermoso monumento a la inmoralidad; el palacio del Jockey Club [...] y tendríamos, por consecuencia, que las más altas y distinguidas personalidades de la sociedad argentina, socios y frecuentadores de aquella institución, son unos grandes inmorales; cosa que no puede ser."³³

³¹ "Sinfonía", *Fray Mocho*, año I, núm. 22, 27/9/1912; también, CARPENTER, *South America*, pp. 325-326. Anotemos en este sentido que hubo un proyecto de ley durante la presidencia de Sáenz Peña (finalmente no aprobado) que buscó regular las competencias hípicas e indicó que el destino benéfico que se le daban a estos ingresos no era razón suficiente para autorizar la realización de carreras en días hábiles. Cfr. "Prohibición de las carreras de caballos en los días de trabajo (20/1/1910)", Roque SAENZ PEÑA, *Escritos y discursos*, T. II, Buenos Aires, Peuser, 1935, pp. 260-264. Para conocer el monto y los destinos de las contribuciones benéficas del Jockey en estos años cfr. JOCKEY CLUB, *Breve reseña desde su fundación en 1882 hasta el 31 de agosto de 1917*, Buenos Aires, 1917.

³² "Sinfonía", *Caras y Caretas*, año XIII, núm. 638, 24/12/1910. Cfr. también, "Vicio y voluntad", *Ibid.*, año XIII, núm. 595, 26/2/1910; "El niño bien", *El Hogar*, año XXIV, núm. 1000, 14/12/1928.

³³ "Sinfonía", *Caras y Caretas*, año VIII, núm. 331, 4/2/1905. Cfr. también "Un Montecarlo criollo", *Ibid.*, año VIII, núm. 361, 1/9/1905.

Probablemente, ser tildado de inmoral por *Caras y Caretas* fuera irrelevante, a título personal, para alguien como Miguel Martínez de Hoz. Sus conductas poco cambiarían por esto. Sin embargo, es necesario ir más allá de nombres propios y ver el panorama con una mirada más amplia.

En este sentido, vale subrayar que integrantes de la propia elite también censuraron el estilo de vida que se consolidó en el novecientos en su círculo social. Aún cuando estuvieran motivadas, posiblemente, por propósitos pedagógicos antes que decididamente críticos, estas apreciaciones –especialmente lanzadas por intelectuales– no tienen un tenor muy distinto a las que pueden leerse en *Caras y Caretas*. Así, por ejemplo, allí está Miguel Cané, puntualizando que “el hombre no es solo un animal que tiene por función ganar dinero, ser *snob* y andar en yatch...”³⁴ También Juan A. García, quien dejó pasajes elocuentes de impugnación a las prácticas benéficas, al subrayar (a través de la ficción o del ensayo) sus reales móviles subyacentes: “la fortuna, para ser respetada y protegida siente la necesidad de rodearse de esa aureola de moral, de cultura y de altruismo...”³⁵ Por su parte, Carlos Octavio Bunge supo expresar que sus trabajos educativos habían tenido como principal móvil “la psicología de la clase directora, especialmente de la juventud rica, tan ociosa, frívola y burlona...”³⁶ El hastío, el vicio (drogas incluidas) y la degeneración moral de la vida suntuaria y despreocupada de la elite recorre a distintos retratos ficcionales trazados a lo largo del período por escritores cercanos o pertenecientes al alto mundo porteño.³⁷

De manera significativa, hubo paralelamente una búsqueda de legitimar ante la opinión pública las conductas sociales privadas de la elite, así como el origen de las fortunas que las hacían posibles. Por ejemplo, al caracterizar las actividades económicas o empresariales se subrayaba la complementariedad entre el enriquecimiento personal y el de la sociedad en su conjunto. Así, al referirse a los grandes terratenientes se acentuaba que los intereses privados se articulaban con los públicos (el impulso de sus acciones era el “anhelo de progreso...”); o que las expectativas materiales se conjugaban con otras de características diferentes o desinteresadas (en sus estancias se aunaban la “íntima unión de la teoría con la práctica, de lo positivo con lo agradable, de lo ideal con el negocio...”).³⁸ A diferencia del *burgués aureus* que retratara Ramos Mejía, en ellos sí coincidían los valores del mercado y las virtudes republicanas.

³⁴ Miguel CANE, *Notas e impresiones* (1901), Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1918, p. 53.

³⁵ Juan Agustín GARCÍA, “Prefacio a una revista nueva”, *Ensayos y notas* (1903), *Obras Completas*. T. I, Buenos Aires, Antonio Zamora, 1955, p. 502. Cfr. también “Las transformaciones de la caridad argentina” *Sobre el teatro nacional, otros artículos y fragmentos* (1921), *Obras completas*, T. II, pp. 837 y ss.

³⁶ Cit. en Oscar TERAN, *Vida intelectual*, pp. 180-181.

³⁷ Además de las obras de los autores ya citados (Eugenio CAMBACERES, Juan A. GARCÍA, Miguel CANE, Carlos O. BUNGE), cfr. Osvaldo SAAVEDRA, *Grandezas chicas*, Buenos Aires, A. Moen Ed., 1901; Gregorio de LAFERRERE, *Bajo la garra* (1906), *Teatro completo*, Santa Fe, Castellví, 1952; Martín ALDAO, *Gustavo Reytes. Primer capítulo de una novela bonaerense* (1904), *Notas e impresiones* (1926), Buenos Aires, 1948; Ricardo GÜIRALDES, *Raicho* (1917), Buenos Aires, CEAL, 1968. En efecto, en estas obras, a diferencia de la ya también citada *La bolsa*, la corrupción moral no se atribuye exclusiva o principalmente a “advenedizos”, sino que se sitúa en el seno mismo de la aristocracia porteña.

³⁸ Cfr. “El establecimiento San Fermín del doctor don Bernardo de Irigoyen” y “Establecimiento San Martín de V. L. Casares”, *El Campo y el Sport*, 24/9/1892 y 18/2/1893.

Significativamente, estas construcciones aparecen en los perfiles que algunos hombres de la elite trazaron de sí mismos, como Ramón Cárcano: en sus memorias se presenta como un estanciero innovador técnica y tecnológicamente, que trabaja él mismo sus tierras, cuya estancia sirve de "escuela de aplicación de la escuela nacional de Córdoba..." y que "nunca" aspira ni busca "la gran fortuna..."³⁹ Lo sugestivo, entonces, es la importancia que adquiere la construcción de una legitimidad social a prácticas económicas que, en sí mismas, lejos estaban de ser parasitarias (se definieron en cambio por la innovación técnica y tecnológica, y las inversiones de riesgo).⁴⁰

Por su parte, y ya en relación con las prácticas simbólicas orientadas a la construcción de distinción, se subrayaba que el consumo suntuario y la ostentación reconocían un límite en la "responsabilidad que acarrea el manejo de una fortuna considerable...", en "la responsabilidad inmensa que pesa sobre los privilegiados de la fortuna..." la cual tenía su manifestación más nítida en la beneficencia, la caridad y la filantropía.⁴¹

En todo caso, la fortuna y la riqueza, y la suntuosidad a que daban lugar, nuevamente eran legítimas por la forma en que se habían obtenido. Al respecto, es sugestiva la caracterización trazada sobre la familia Paz, de *La Prensa*: "El palacio de los Paz, levantado con el trabajo fecundo y honroso del jefe de la aristocrática familia [...] es de una suntuosidad imponente, que recuerda las casas reales [...] Grandezas como la de los Paz son un ejemplo, máxime cuando los herederos del apellido tratan de hacer olvidar su riqueza, permitiendo subir hasta ellos, con la sencillez de su estirpe, a los desheredados de la fortuna."⁴²

En consecuencia, se ve a partir de todo esto que hubo una búsqueda activa de legitimar ante la opinión pública las prácticas suntuarias u ociosas de la elite, subrayando que la riqueza que las hacía posibles eran producto de conductas y valores respetables.

Esto indica que, para retener su lugar de prioridad en la sociedad, era significativo no sólo diferenciarse exitosamente de los advenedizos a través de distintas prácticas que trazaran barreras simbólicas de distinción, sino también constituirse como un grupo social de referencia para el conjunto de la población, es decir, como el círculo social que encarnaba los méritos y las virtudes sociales.

Suntuosidad y respetabilidad: una articulación problemática

La conjugación de diferenciación y respetabilidad probó ser, sin embargo, difícil, escurridiza. Las críticas caracterizaciones que se lanzaron contra su estilo de vida - tanto internas como externas a la elite- son una prueba de ello.

³⁹ Ramón CARCANO, *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1965, pp. 122 y ss.

⁴⁰ Cfr. Roy HORA, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; Carmen SESTO, "El refinamiento del vacuno y la vanguardia terrateniente bonaerense, 1856-1900", *Anuario IEHS*, núm. 14, 1999.

⁴¹ Cfr. "Notas sociales de la Dama Duende", *Caras y Caretas*, año XX, núms. 973 y 988, 26/5 y 8/9/1917; también "Aristocracia", *Caras y Caretas*, año XVIII, núm. 861, 3/4/1917.

⁴² "Residencia de los Paz", *Plus Ultra*, año I, núm 3, junio 1916.

Por un lado, esto sin dudas se debió a que -como ya lo hemos señalado- para importantes franjas de la *upper-class* probablemente fue irrelevante la opinión que, en el conjunto de la sociedad, despertaran sus hábitos, aficiones y costumbres privadas. Las posibilidades que ofreció el próspero contexto económico del cambio de siglo posiblemente fueron demasiado tentadoras para las familias tradicionales más ricas como para resignarse a una inédita ampliación del consumo suntuario.

En un sentido más amplio, la articulación mencionada era difícil porque, por su misma lógica, la construcción de distinción social implicaba, en última instancia, un juego de contraste antes que de correspondencia con las prácticas y valores socialmente extendidos. Por ello mismo, sin embargo, el estilo de vida que la elite se dio a sí misma quebrantó el propósito que pretendía ratificar simbólicamente: su centralidad social. La suntuosidad, la ostentación y el ocio la pusieron de espaldas a las pautas que debían coronar un modo de vida y una trayectoria social respetables, tal como se fue definiendo en el cambio de siglo. De esta manera, si su distancia respecto del resto de la sociedad se acentuó a caballo de ese lujoso tren de vida, su entidad como grupo social de referencia también se fue atenuando progresivamente. En efecto, es posible advertir que, de forma paulatina, la irradiación social y cultural de la clase alta porteña, si no se desdibuja, sí se resignifica sensiblemente: las incipientes capas medias podían seguir pretendiendo acceder a lugares y escenarios propios de la elite, pero no necesariamente imitar sus pautas de conducta. Así se aprecia en fuentes periodísticas de la época que, por ejemplo, retratan la temporada veraniega marplatense, ya crecientemente heterogénea, de principios del siglo XX.⁴³ Los "burgueses" van a veranear al que en principio era el balneario de la aristocracia, pero no ya para imitarla o para acceder a los ámbitos que ésta frecuenta en Mar del Plata; se definen en cambio por prácticas y valores propios, que además son explícitamente aprobados en tanto se alejan de la ociosidad y del despilfarro característico de la *high life*:

"Los buenos y tranquilos burgueses acampan lejos del Bristol, en los hoteles de segundo y tercer orden, en las numerosas casas de pensión y en lugares no muy rumbosos. En su mayoría, son comerciantes de regular capitalito, rentistas que han hecho tapar todas las goteras de sus cinco o seis casas para arrendar, profesionales que se alejan de sus estudios y de sus consultorios. Madrugan. Gastan moderadamente. Entre el carruaje de alquiler y el tranvía a sangre, optan por el boleto..."⁴⁴

En consecuencia, tanto los desafíos (la movilidad y la recomposición de la sociedad) como las oportunidades (el floreciente escenario económico) que brindó el cambio de siglo, alentaron en la elite porteña tradicional la definición de un estilo de vida signado por una suntuosidad difícilmente accesible para sectores sociales en ascenso (o incluso para las franjas menos pudientes de la propia "aristocracia")

⁴³ Al respecto, cfr. Elisa PASTORIZA, "Notas sobre el verano marplatense en los albores del siglo: un capítulo 'indeclinable' de alta sociedad porteña", Fernando CACOPARDO, *Mar del Plata. Ciudad e Historia*, Buenos Aires-Madrid, Alianza, 1997; Elisa PASTORIZA y otros, *Mar del Plata. Una historia urbana*, Buenos Aires, Fundación Banco Boston, 1991.

⁴⁴ "La vida en Mar del Plata", *Caras y Caretas*, año XIII, núm. 598, 19/3/1910.

que, no obstante, atentó en última instancia contra su lugar en la sociedad en un plano socio-cultural al desdibujarla como un modelo de conductas a seguir para el conjunto del cuerpo social. Esto era el resultado de que, a diferencia de su admirada aristocracia británica, por ejemplo, recortada nítidamente por la posesión de títulos nobiliarios, para la elite porteña convertirse en un grupo de referencia podía implicar el riesgo de diluir las fronteras simbólicas de diferenciación social, al no tener otros resguardos con qué sostenerlas.⁴⁵ Pero a su vez, perder ese carácter de referencia social le quitaba un valioso lugar como centro de atracción, lo cual, en última instancia, delineó un cuadro de situación sugestivamente similar al que Tocqueville viera en los Estados Unidos: una articulación social en la que es difícil que un determinado grupo "consiga establecer un código de etiqueta y sea lo bastante poderoso como para hacerse imitar..."⁴⁶ Es decir, una diversificación de las conductas y preferencias sociales y culturales al compás de la complejización de la sociedad acarreada por la modernización que quita entonces relevancia a los sectores tradicionales como referencias sociales.

Por lo demás, vale agregar una última observación. Indudablemente, es erróneo derivar de las prácticas simbólicas de diferenciación social un retrato de la elite tradicional como actor económico.⁴⁷ En efecto, algo semejante implicaría desconocer que, como han demostrado de manera convincente trabajos recientes inscriptos en una importante tradición historiográfica, la elite terrateniente pampeana del cambio de siglo fue un empresariado racional e innovador.⁴⁸

Lo que sí es significativo es que la consideración de las caracterizaciones que se trazaron de la elite porteña a partir de sus prácticas simbólicas de diferenciación social permite descubrir una imagen pública de ella cualitativamente diferente de la que surgiría de sus prácticas económicas (o, más precisamente, de la que se desprendería de las actividades empresariales o económicas de sus integrantes más destacados). Así, el prestigioso cabañero M. A. Martínez de Hoz -como hemos visto- podía ser tildado de inmoral por su afición al juego. De esta manera, tales contrastes ilustran los diversos retratos que de un mismo actor social pueden obtenerse según cuál sea el campo elegido para avanzar sobre ello (sus prácticas económicas, sus prácticas de diferenciación social, etc.). En suma, exponen la pluralidad de facetas que recubre a todo actor social como consecuencia de que la vida en sociedad implica la participación en múltiples dimensiones, recorridas por lógicas, necesidades y propósitos diferentes e incluso contradictorios, que por lo tanto deben conjugarse, antes que excluirse, para obtener una caracterización que -en este caso- devuelva complejidad a la experiencia histórica de la elite porteña en el contexto del proceso de modernización.

⁴⁵ La tesis de la perduración de la relevancia social de la aristocracia británica como consecuencia de ser un grupo de referencia para la burguesía ha sido especialmente desarrollada por Lawrence STONE y Jeanne FAWTIER STONE, *An open elite? England 1540-1880*, Oxford University Press, 1986, pp. 291-295.

⁴⁶ A. de TOCQUEVILLE, *La democracia en América*, T. II, Universidad Autónoma de Centro América, 1986, p. 185.

⁴⁷ Esto último está presente en los escritos de Sebrelí, quien incorpora el concepto de Veblen de "clase ociosa", pero lo considera una expresión social de su actuación económica (una "oligarquía agropecuaria [sometida] al imperialismo inglés", en "un país todavía precapitalista"). Cfr. Juan José SEBRELI, *Los oligarcas*, Buenos Aires, CEAL, 1971, pp. 77-79; *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1964, pp. 28-30.

⁴⁸ Roy HORA, *Los terratenientes...* cit.; Carmen SESTO, "El refinamiento..." cit.